

XINA VEGA

Nadie duerme

*Ça arrivera.
Un jour, nous nous réveillerons.
Il fera noir
Enfin il fera noir*

Antoine Volodine

*No duerme nadie por el cielo.
Nadie, nadie.
No duerme nadie.*

Federico García Lorca

—QUISIERA HABLAR DE LO que pasa cuando no pasa nada, solo tiempo, gente, coches, nubes..., pero esta noche no, esta noche no puedo.

—También yo voy herido, por el maldito cuerpo que me obliga, por el recuerdo de un sol que no hubo, por la búsqueda de una felicidad que no hay.

—No quiero que me hables, no sé si esta noche podría soportar que me hablastes, tú o cualquiera. No me interesas: ni tú ni nadie. El mundo es demasiado grande y ¡está tan poblado!

—Estamos solos y lejos y todos duermen. No tenemos más opción; nosotros no dormimos. Aunque yo no desee, en realidad, hablar contigo; aunque tú no desees ya hablar con nadie. Estás en mi campo de visión y yo en el tuyo, no hay nadie más, solo nosotros...

Se acerca a ella y se sienta a su lado, sabedor de que a ciertas horas resulta insoportable continuar sosteniendo nuestros muros.

Le coge la mano, ella lo mira con sorpresa, con miedo, y luego decide sonreírle levemente.

—Aquí estoy, intentando sacarle importancia.

—¿Importancia? ¿Qué es lo que te duele?

Le muestra el papel de la clínica.

—Trescientos cuarenta euros por una vida que no deseaba.

Algo común, algo que sucede. Cada día, cada hora. Algo normal. Pero él no tiene palabras para responder y ella no sabe bien qué pensar.

—¿Sabes? Siempre imaginé esto como un mero trámite, algo que dar por sentado, nadie decidiría por mí. Sigo pensando lo mis-

mo, pero esta noche mi útero todavía sangra. Vengo de la ciudad, no hay clínicas en el pueblo en donde vivo.

—¿Nadie te acompaña?

—Mi marido está de viaje, mis hijas, al cuidado de mi madre. Prefiero hacer esto sola, un trámite en la sombra. Pero esta noche me siento rodeada de fantasmas. Con un pie en el más allá, con un pie en el más acá. Yo decido e intento reducir el problema a la dimensión biológica, un brote, apenas una yema. La quebré, me la tronzaron.

—¿Te arrepientes ahora?

—No, no es eso. No la deseé, no la quiero, pero tomar la decisión de hacerla desaparecer es algo muy grande, demasiado para mí, para cualquiera.

—¿Para qué traerla si todo está oscuro, si no hay alegría?

—Imaginaba que no dejaría marca, que podría arrinconarlo, encerrarlo en la carpeta de las contingencias, pero ahora sé que esto permanecerá, que va a quedar una cicatriz borrosa, un dolor suavísimo y tenaz, algo, alguien al que dije no, al que cerré la puerta de entrada en el mundo de los vivos.

Él retrocede de modo apenas perceptible, toma distancia y la mira de nuevo. La mujer de los ojos empañados muerde el cristal de su copa, desgarrar con sus manos la madera de su mesa mientras él imagina la placenta deslizándose despacio, esa masa ensangrentada y brillante bordeando la bandeja metálica de las aceitunas, recorriendo los escasos centímetros de superficie hasta estallar contra el suelo de baldosas.

Esa masa, esa sangre turbia, esa constelación de pólipos que nos nutren...

Siente ganas de vomitar.

Esa animalidad, esa parte que es cuerpo, que es materia lo fascinaba y, al mismo tiempo, le producía una verdadera repulsión. Hombres y mujeres, hombres saliendo de mujeres...

—No quiero pensar —dice ella—, ni siquiera le he dado tiempo a ser imaginada, ninguna proyección, solo profilaxis.

Pero ahora piensa en sus muertos, una y otra vez piensa en ellos, en ese magma extraño adonde, está segura, revertieron. Un remolino eléctrico, una tropa de nubes. Y piensa en los soles, en las lunas y eclipses, en las lluvias, el calor y los campos, en la total y continua apertura a la extenuante, monstruosa, perpetuación de la vida. Sabe que está ahí, detrás de nosotros, por encima y dentro, reventando el asfalto en la selva del Amazonas. No podemos pararla, ahí está: presionando a los que alentamos.

—Ellos son la mayoría, ¿no lo entiendes? Los que ya no son y los que van a venir, la misma fuerza oscura y poderosa que amenaza continuamente con barrernos.

Él busca argumentos racionales. Demasiadas bocas, demasiado gasto, mil millones de chinos deforestando los bosques para limpiarse el culo con papel satinado, la gasolina de cientos de millones de hindúes horadando el cielo. Recuerda haber ahogado gatos bajo el grifo, cinco gatos negros, la piel todavía recubierta de grasa materna, los ojos todavía velados. Recuerda la sensación de horror y, también, la terrible seguridad en su mano de verdugo. Aquellos hocicos minúsculos, aquellas bocas que se abrían. Hizo que el agua entrase en sus pulmones rosados mientras se preguntaba si aquellos seres sabían que morían, si tenían la certeza de necesitar aire para despegar los ojos, para maullar de hambre. Fueron tan ligeras las convulsiones, tan breve y suave el tránsito que recuerda pensar en la indiferencia, en la total falta de necesidad, en el azar y el caos. No hubo clemencia, ningún titubeo, pero cuando los pequeños cuerpos quedaron flotando en el agua percibió una calidad más grave de silencio.

—Vosotros sois tan limpios, vuestro sexo no huele. La suciedad de la fábrica, el dolor del origen no va con vosotros...

SENTADO EN LAS ESCALERAS de entrada del hotel, negro hierro forjado, rojos escalones de ladrillo, un africano acecha el horizonte. El hombre y la mujer se dirigen hacia él con la curvatura de la tierra tras la espalda, enmarcados por la luna. Entre los dedos bicolor del hombre negro arde el fuego de un canuto. Cuando la pareja está lo suficientemente próxima, él alarga la mano y ofrece el cigarro fragante. El hombre y la mujer aceptan el convite, se sientan a su lado.

—¿Angola, Guinea-Bisáu, Mozambique? —dicen al calibrar la oscuridad de la piel, la música de la voz.

—Maputo —responde, mientras caen sobre él las imágenes de las calles abarrotadas, la risa de las mujeres, el olor de la mandioca, el zumbido de las moscas— ¿lo conocen?

—La mariposa, al posarse sobre la rama, teme romperla —dice la mujer.

—¿Conoces el proverbio bantú? ¿Sabes de dónde vengo?

—No —responde ella—, en realidad, aquí arriba a la mayoría de nosotros apenas si nos llega un perfume.

—Blanca copa de magnolia, galán de noche, jacarandá, clavo y canela... Vosotros no tenéis ese perfume, amigos, aquí no huele a nada.

—África también apesta —dice el hombre—, los cadáveres corrompiéndose al sol, el inmenso vertedero...

—Eso, eso es, en verdad, lo que somos para vosotros: hombres negros, apestosos pobres.

—¡Cómo demonios piensas que te vamos a ver! —replica el hombre, que empieza a acusar el efecto del cannabis—. Ahí estás tú con tu chirriante túnica estampada, con el saco de las figuritas y los abalorios, cosas inútiles y bastas que venderás por las ferias con una sonrisa fugitiva. ¿Cómo hostias quieres que te vea?

El africano se dispone a reaccionar, como siempre, para reclamar su espacio, destello de fuego, clamor de tierra roja.

—¡Basta! —intercede la mujer, molesta por la violencia tribal que surge entre los hombres—. Todos nos equivocamos: nosotros, por veros desde lo alto; vosotros, por vender el alma al diablo, por procurar la asepsia que os borra, aquí donde bien poco os vamos a ofrecer.

—Porque vive en el agua nunca se ven las lágrimas del pez que llora —declama el negro, desafiante.

—Pero ¿dónde estás tú? ¿Desde dónde me hablas? —responde ella, nerviosa.

—Desde las olas del mar.

—¿Viniste en cayuco?

—Sí, el viento era fuerte, muchos murieron, la mujer que se sentaba a mi lado...

Y enmudece recordando la mirada angustiosa de la que cae, la túnica azafrán como una flor hinchada flotando un instante en la superficie del agua... la túnica azafrán...

—¿Sabes? Yo podría haberme quedado allí, ser uno de ellos...

El africano entorna los ojos, se pierde dentro, él como uno de los cuerpos que caen hacia el fondo, soportando en las sienas cien bares de presión, cayendo hacia la noche, hacia el vórtex que te empuja desmembrado hacia el océano: el cráneo y las costillas, el espinazo, las caderas...

Cuentas de hueso blanco dando vueltas en una espiral de agua.

—¿Cómo era ella? —pregunta la mujer con ansia—. ¿Cómo era? ¿Tuviste tiempo para hablarle? ¿Estaba sola?

—Hablabas dime —responde él volviendo en sí lentamente—, no podía entender todo lo que decía, pero recuerdo que tenía miedo. Estaba preñada de cinco o seis meses. Recuerdo bien cómo amparaba su vientre, cómo lo mecía.

La mujer, en un raptó de dolor, desea en ese instante ser ella, cambiarse por esa inmigrante oscura y bajar por los cientos de metros de agua fría con el esqueleto del hijo acodado en las costillas. Una madre fantasmal y subacuática, silencio de dos para siempre unidos.

Quiere volver a gritar, pero ahoga el aullido y vomita ira:

—¿Y tú? ¿Tienes hijos?

—Sí, tengo cuatro, tal vez cinco...

—No tenéis compasión. Tener hijos así, sin más, dejándolos vivir entre el estiércol, crecer con la espalda torcida, con tiña en la piel, con la barriga hinchada, dolorosamente crecer o puede que morir enseguida corruptos y confundidos.

—Eso no importa, aunque el mar esté rebosando, la lluvia sigue cayendo sobre él...

—¡Cómo no va a importar! —replica ella con furia—. Es necesario parar la sangría, ese haz de carne doliente que se escurre por entre las piernas de las mujeres. Si tuviese un cuchillo, si lo tuviese os castraría, os desharía los cojones, devolvería una por una todas las heridas que habéis causado, vengaría la tumefacción de todos los clítoris cercenados.

—Nosotros sobrevivimos, lo llevamos haciendo mucho tiempo, mucho antes de que llegaseis vosotros con vuestra prepotencia. Somos millones, la tierra africana ama los cuerpos caídos, los mezcla con el follaje de los grandes árboles, carne y rama fundiéndose con el suelo rojo. La naturaleza todo lo engulle, todo lo regurgita, es poderosa y paciente. Nosotros somos paisaje, somos llanura inmensa, eso está bien, a diferencia de vosotros, que perseguís sin cesar perímetros, límites estables: estáis equivocados, compañeros, no hay frontera segura.